



ARTÍCULO DEL PRESIDENTE DEL GOBIERNO, JOSÉ MARÍA AZNAR, EN EL DIARIO *EL MUNDO*

05-02-2000

LA HORA DE EUROPA, LA HORA DE ESPAÑA

"Debemos avanzar en Europa de una forma concertada hacia la modernización de nuestros sistemas de bienestar"

"Mitos de integridades raciales sirven para que aspirantes a tiranos elaboren políticas xenófobas"

Hace diez años se produjo la caída del Muro de Berlín. A partir de ese momento, Europa se propuso acometer una gran transformación política y económica, poniendo en marcha en Maastricht el proyecto de Unión Económica y Monetaria. Fue un proyecto, debemos recordarlo, acogido con el escepticismo de algunos y las dudas de muchos. Había quien dudaba de la firmeza de la voluntad política para llevarlo a cabo; había quien desconfiaba también de la capacidad de algunos países de realizar el esfuerzo de convergencia necesario para integrarse en la moneda única.

Hace apenas tres años no faltaban tampoco en nuestro país los resignados a una permanente segunda velocidad, ni quienes pensaban que España sería incapaz de hacer el esfuerzo de sumarse al resto de grandes naciones europeas. Nunca escuché estas voces: siempre confíé en la capacidad de la España constitucional para alzarse por sus propios méritos al rango que por su historia le corresponde. Hoy el euro es ya una realidad. Y España ha recobrado su sitio, su peso y, si se me permite un término con un eco orteguiano, su nivel dentro de este gran proyecto europeo.

Ahora nos toca pensar en el futuro. Nos toca definir los nuevos objetivos y ambiciones para la Europa que queremos en los próximos diez años, la Europa del 2010. Y para esta definición España, esta España que por fin ha recobrado su pulso, su sitio y su influencia, quiere aportar su trabajo y sus ideas. A este ejercicio quiero dedicar estas líneas.

La llamada globalización ha hecho el mundo en que vivimos mucho más pequeño. Europa no puede aceptar ni aislarse de esta realidad.

Ante estas grandes transformaciones cabe tomar dos posturas. La primera es la del temor y el conservadurismo: temor ante la apertura, ante las nuevas tecnologías, ante las consecuencias de los cambios sociales; temor, en fin, ante cambios que puedan poner en cuestión los intereses creados y los corporativismos. Esta postura lleva a algunos a defender la fosilización del statu quo; a defender que el aislamiento y el proteccionismo frente al resto del mundo deben ser los medios por los que Europa preserve su intimidad; a defender que a todo lo que Europa puede aspirar hoy es a regresar a una imagen idealizada del modelo social y político de hace 30 años. Un modelo basado únicamente en más gasto público, más impuestos y menos espacio para la iniciativa individual.

Esta postura es la que está, en definitiva, también detrás de las intolerables expresiones de xenofobia y de nacionalismo excluyente y racista, que no pueden tener lugar alguno en el espacio democrático europeo.

No debemos engañarnos: la concepción excluyente de la identidad no es algo del pasado. En Europa surgen de nuevo movimientos políticos que ponen por encima de los derechos de las personas supuestos derechos de entes colectivos. Mitos de comunidades nacionales, de integridades raciales o de culturas amenazadas sirven para que aspirantes a tiranos elaboren políticas xenófobas y racistas que niegan los derechos de las personas.

Hay que decir claramente, con rotundidad, que esos movimientos no deben tener cabida en nuestros países ni en la Europa del futuro. Hoy tenemos que reivindicar el pensamiento y el trabajo de quienes como Adenauer, Schumman o De Gasperi, tras las barbaries de la tiranía nacionalista, supieron reconocer de forma política la libertad y la dignidad esenciales de la persona.

Ese pensamiento es el que nos debe llevar hoy a impulsar un nuevo proyecto de futuro: ésta es la mejor forma de combatir la Europa del temor. Yo quiero una Europa dinámica, competitiva y segura de sí misma. Quiero una Europa que no tenga miedo de las nuevas tecnologías, sino que impulse y esté en cabeza de la innovación en todo el mundo; que no tenga miedo de la apertura ni de la competencia de otras áreas económicas, sino que sea capaz de tomar el liderazgo hacia la apertura de los mercados y el libre comercio; que no tema las transformaciones sociales, sino que esté dispuesta a modernizar en profundidad sus sistemas de solidaridad para permitir su adaptación a las nuevas circunstancias.

No nos llamemos a engaño: éste es el verdadero debate en la Europa de nuestros días. Es el debate entre quienes quieren responder a las profundas transformaciones que está experimentando Europa con la defensa de los intereses creados, al parálisis y el aislamiento; y quienes, ante estos retos, queremos defender la vía de la apertura y de las reformas.

Pues bien, creo que este impulso reformista es el que puede ganar hoy terreno en toda Europa. Por eso quiero un nuevo gran objetivo reformista capaz de ilusionar a nuestros ciudadanos en la próxima década.

Yo soy optimista sobre el futuro de España y de Europa. Creo que la primera década del euro puede significar un largo ciclo de expansión y de dinamismo. Para ello, debemos

fijarnos de nuevo grandes objetivos para los próximos diez años. Creo que hemos de proponernos alcanzar para el año 2010 una Unión Europea ampliada a las nuevas democracias europeas, y en la que el euro sea un gran instrumento de progreso, también para los países que todavía hoy no han decidido formar parte de él; una Europa reforzada, que constituya un espacio consolidado de libertad, seguridad y justicia; y una Unión socialmente cohesionada, en la que el pleno empleo sea la mejor garantía de integración social y en la que hayamos logrado asegurar unos sistemas de protección social financieramente sostenibles. Al igual que hace diez años nuestra aspiración fue la adopción del euro, hoy éstos deben ser nuestros nuevos objetivos para el futuro.

Debemos, en consecuencia, plantearnos ahora un profundo y ambicioso proceso de reformas económicas; proceso que, en mi opinión, ha de tener tres grandes objetivos.

El primero es lograr una mayor difusión de las nuevas tecnologías. La extraordinaria expansión de la economía norteamericana en la última década no hubiera sido posible sin las ganancias de productividad derivadas de la aplicación a gran escala de las tecnologías de la información. En Europa nos hemos quedado rezagados, sin ser capaces de reproducir durante los años 90 los éxitos vividos en el otro lado del Atlántico.

Nuestro problema no ha sido la falta de base científica o técnica; me consta la excelencia de nuestros centros de investigación o universidades. Nuestro problema es el insuficiente estímulo que hemos dado al espíritu de empresa, verdadera clave del éxito norteamericano.

Todavía son demasiado complejos los trámites para la creación y puesta en marcha de nuevas empresas, que son en última instancia la fuente de la innovación y del desarrollo de productos e ideas. Para una empresa joven, la financiación resulta más difícil de conseguir, tanto por parte del sistema bancario, como por los inversores institucionales.

Tampoco hemos sabido aprovechar plenamente el extraordinario potencial emprendedor de sectores básicos (telecomunicaciones, energía, transporte), hasta ahora altamente regulados y con excesivas barreras nacionales basadas en inercias históricas, que podrían convertirse con un marco más favorable en extraordinarios motores de innovación y desarrollo.

Debemos remediar esta situación. Aunque Europa pueda haber llegado más tarde, todavía está a tiempo de movilizar sus recursos.

El segundo objetivo debe ser la modernización de nuestros sistemas de bienestar social. El modelo social europeo forma parte de nuestra herencia y de nuestro sistema de valores. Las circunstancias de hoy, por no hablar de las del 2010, no son sin embargo las de la Europa de posguerra; el mundo laboral se ha transformado, la mujer se está integrando al mercado del empleo, se desarrollan cada vez más fórmulas flexibles de trabajo; y, además, nuestra esperanza de vida va en constante aumento.

Ello nos exige un esfuerzo de modernización de nuestros sistemas de bienestar si queremos consolidarlos y favorecerlos. El statu quo no nos sirve; el temor a los cambios y el rechazo a la necesaria adaptación podrían llegar a suponer en el largo

plazo un verdadero riesgo para la sostenibilidad de nuestro modelo. Ningún país puede avanzar solo. Las respuestas de cada uno resultan de interés para todos los demás.

Por ello debemos avanzar en Europa de una forma concertada hacia la modernización de nuestros sistemas de bienestar. Esto no quiere decir que se pueda ni se deba repetir mecánicamente el proceso de convergencia establecido en Maastricht, ni tiene sentido plantear una armonización de dichos sistemas de bienestar, todos ellos legitimados históricamente y con modos de funcionamiento muy diversos. Pero sí creo que existe un valor añadido fundamental en el trabajo en común de las instituciones de la Unión, que nos puede permitir fijarnos el objetivo de llegar al año 2010 con una situación financiera plenamente sostenible, que permita dar respuesta plena a las nuevas necesidades de una sociedad que envejece.

Creo que podemos asumir también un objetivo ambicioso de reducción de la deuda pública para este año 2010, con el fin de liberar recursos para atender las necesidades presupuestarias que el envejecimiento de la población planteará sobre nuestros sistemas de salud y de pensiones.

El tercer pilar, por último, es el desarrollo de una Unión Europea socialmente más cohesionada. Creo firmemente que el empleo debe ser el cimiento último de la cohesión social. Por ello quiero una sociedad en la que más gente trabaje: una España y una Europa del pleno empleo, librada pro fin de la lacra del paro, que tanto hemos sufrido, y en nuestro país desgraciadamente de forma particular, durante los últimos 25 años. Creo sinceramente que podremos alcanzar este objetivo en el curso de la próxima década.

Pero también quiero una España y una Europa que no aparte del empleo a una generación entera de trabajadores de mayor edad, mediante un uso excesivo de jubilaciones anticipadas, pues tienen todo el derecho a disfrutar de las oportunidades de realización personal y de autoestima que supone la permanencia, si ésta es deseada, en el mundo del trabajo.

Las transformaciones económicas y tecnológicas ofrecen nuevas oportunidades, pero también plantean nuevos riesgos de exclusión social. Necesitamos a todos; necesitamos el trabajo de todos. Nadie debe quedar arrinconado en una cuneta.

El esfuerzo fundamental debe hacerse en el campo de la educación. Pienso que debemos plantearnos firmemente el objetivo de que para el 2010 todo joven llegue al final de su formación manejando bien, al menos, otra lengua comunitaria. Esto puede no ser un gran reto para algunos Estados de la Unión; para otros, sin embargo, requerirá importantes esfuerzos adicionales. Pero para todos debe ser un objetivo prioritario. Y no puedo dejar de expresar mi convicción de que intensificar los programas de intercambio entre estudiantes y profesores, que tan buenos resultados están dando, resulta también vital. La Unión Europea debe ser, ante todo --me vienen a la memoria las palabras de Jean Monnet-- una unión entre personas. Pocos objetivos pueden traer tantas y tan profunda consecuencias para el proyecto europeo como éstos.

También debemos plantearnos el objetivo de la plena informatización de nuestras escuelas, así como su acceso a Internet. Todo estudiante de más de doce años debería tener acceso, a través de su escuela, a una dirección propia de correo electrónico y

familiarizarse así con las fantásticas posibilidades de comunicación que se le abren por esta vía.

La caída de la natalidad, particularmente aguda en España, hace que en los próximos diez años vayan a entrar menos niños en nuestro sistema educativo. Sin embargo, pienso que debemos mirar al futuro: el capital humano, no los recursos naturales y ni siquiera la base industrial, será la verdadera clave del desarrollo en el próximo siglo. Pienso que sería una equivocación reducir nuestras ambiciones en este terreno: creo que debemos plantearnos el compromiso de mantener los esfuerzos dedicados a educación durante la próxima década en niveles no inferiores a los actuales.

El formidable avance económico de Europa a partir del Renacimiento se debió a la cultura de empresa y a la iniciativa individual, frente a las fuerzas de la tradición y el inmovilismo. Otras zonas del mundo probablemente superaban entonces a Europa por sus avances técnicos o por la riqueza de sus invenciones; pero fracasaron víctimas del peso de la burocracia y del temor a los cambios. En esta encrucijada estoy seguro de que Europa será capaz de mostrarse de nuevo ante el mundo como la gran área de innovación y dinamismo.

El Partido Popular Europeo celebra este fin de semana en Madrid un Seminario para definir esta Europa en el horizonte del 2010. La responsabilidad del centro político europeo es impulsar en nuestros países las reformas que resulten necesarias para alcanzar este gran objetivo.

Si lo hacemos, nuestras sociedades avanzarán para ser más abiertas, más dinámicas, en las que haya más oportunidades para todos. Y nuestra responsabilidad debe ser siempre vivificar el valor de la libertad, de la dignidad de la persona, del respeto a los derechos fundamentales. Ésa ha sido siempre nuestra guía y así tiene que ser.

Dejando atrás la frustración, el temor y el escepticismo, demos la bienvenida a la hora de Europa y a la hora de España.